

## La magia de la música en mi vida... y en FIMNa

Elena JÁUREGUI\*

//Vengerov me salvó la vida aquella noche". Esto me dijo la madre de una alumna de violín, con ojos humedecidos, la semana pasada al final de una clase con su hija de seis años en *Junior Trinity*, Londres. Madre de dos hijos y con un trabajo muy importante y duro en la city de Londres (el centro financiero de esta loca ciudad), sentía haber tocado fondo aquella noche en la que compró a última hora una entrada para ver a Vengerov tocando con la London Symphony Orchestra en el Barbican Centre. Pero ese concierto de violín, en las manos de un mago como el gran violinista Vengerov, le dio las alas para poder salir del agujero en el que se sentía atrapada sin salida y remontar su vida. Con lágrimas en los ojos, intentando que no salieran delante de su hija con el violín en la mano, me dijo que a partir de cómo le hizo sentir ese concierto, su vida fue hacia arriba; encontró la manera de seguir adelante y construir la vida de la que ahora se siente tan orgullosa.

Mis hermanos y yo crecimos en una familia donde nuestros padres, José Antonio y Dorita, entendían, disfrutaban y nos transmitieron el valor de la música y la cultura entre otras muchas cosas, como la buena comida, la amistad y la familia. Fue esta pasión por la música la que llevó a mis padres a hacer un esfuerzo enorme por darnos la educación musical a la que ellos nunca habían podido acceder en sus preciosos y queridos pueblos navarros, Eguillor y Elzaburu. Al comenzar la aventura de crear una familia, se prometieron varias cosas, entre ellas, que pasara lo que pasara, en su hogar se comería bien y sus hijos tendrían la mejor educación posible incluyendo una educación musical, lo cual llevaron a cabo con un enorme esfuerzo físico y económico y con una gran dedicación. Mis padres amaban la música y a pesar de la escasez de recursos y oportunidades de la época, habían conseguido de alguna manera cultivar su pasión con visitas a un granero en el valle donde había un acordeón, en el caso de mi padre, alguna que otra clase de piano y solfeo que había conseguido mi madre para tocar en misa, y en ambos casos, muchas horas tocando de una manera autodidacta, y de adultos, yendo a todos los conciertos que pudieron, escuchando discos, conociendo y haciéndose amigos de músicos... y más adelante, compartiendo esta pasión con sus hijos, ayudándonos a desarrollar nuestra musicalidad y tocando con nosotros.

Nuestro padre disfrutaba de esa fuerza mágica de la música que salvó a la madre de mi alumna, sentía la necesidad de alimentar el alma y el espíritu con ella y de emplearla para conectar con el de sus seres queridos. Cuando tenía mucho estrés, siempre encontraba refugio en nuestra familia y en los preludios y fugas de Bach que tocaba a su manera, pero muy apasionadamente, en ese órgano electrónico que teníamos en casa y cuando podía, en órganos de iglesias allí donde iba. Cada ocasión contaba con música de un tipo u otro, si tenía un piano o un acordeón a mano,

---

\*Violinista. Cofundadora y codirectora de FIMNa.

y si estábamos alguno de sus hijos cerca con algún instrumento, siempre se ponía a tocar y en seguida la fiesta estaba montada. Nos contaba muchas veces cómo escuchar ciertas piezas de música le había ayudado a superar las etapas duras de su vida, por ejemplo las partitas de violín solo cuando estaba haciendo su tesis doctoral, o cómo le habían marcado ciertos conciertos, especialmente uno de diciembre de 1968, cuando llevó a nuestra madre a Oxford a escuchar la novena de Beethoven a los pocos días de conocerla.

Íbamos a conciertos constantemente; nuestros primeros recuerdos son de quedarnos a veces dormidos en la segunda parte porque éramos pequeños, pero nos encantaba, era algo especial, algo que compartíamos en familia. A menudo íbamos a saludar a los músicos, especialmente artistas españoles que pasaban por Los Ángeles. Algunos de ellos incluso venían a casa a cenar con nosotros.

Los hermanos Jáuregui-Narváez crecimos por lo tanto en un ambiente donde la música era una parte esencial y maravillosa de nuestra vida, como lo era la paella de los domingos o visitar a nuestra familia en Navarra cada verano. Mis padres se volcaron en nuestra educación musical, disfrutando y siguiendo muy de cerca nuestro progreso. Por supuesto que algunas veces nos tenían que obligar de pequeños a ponernos a estudiar nuestros instrumentos, es normal que no siempre

100

apetezca ponerse a trabajar; pero una vez que nos poníamos, lo disfrutábamos. De más mayor, cuando estaba muy metida en mis estudios musicales y muy estresada preparando mis conciertos y exámenes, a veces me quitaban el violín del hombro y me obli-

gaban a tomar el aire o hacer algo para relajarme y poder seguir más tarde con mis partituras. Al ser el violín un instrumento que requiere siempre ser acompañado, mi padre tocaba conmigo el piano, órgano y acordeón casi todos los días cuando era pequeña y semanalmente durante mi adolescencia, y aprovechaba para enseñarme todo el repertorio navarro de jotas, pasacalles y canciones que cantaban en su familia y en su querido Eguillor. A veces me enseñaba cosas de oído que superaban mi nivel técnico, pero era tan divertido y tenía tantas ganas de poder tocarlo que encontraba la manera de hacerlo. Y así empecé a amar no solo la música, sino también mi tierra Navarra tan lejana desde Los Ángeles, donde comencé mis estudios de violín.

A pesar de pasar tantos años fuera, crecimos en un hogar muy navarro, con cordero al txilindrón, magras con tomate, con el diminutivo "ico", con las canciones sanfermineras y con cuentos cada noche sobre la infancia de mis padres en sus pueblos "de aquella España pobre". Esos cuentos, emocionantes, mágicos y tan distintos de la vida que llevábamos en Los Ángeles de pequeños entre coches, palomitas y palmeras, nos crearon un vínculo afectivo muy fuerte con nuestras raíces navarras.



Elena y F. Javier Jáuregui.

Autor: Goio Seminario.

Dentro de esta vida un tanto nómada, entre Oxford, Madrid y Los Ángeles, hubo un sitio siempre constante y querido: Navarra y sobre todo nuestros veranos en Eugi, en casa de mi tía Pili y mi tío Guillermo. Eugi es un pueblo precioso y pequeño, con casas de piedra típicas de la zona vasca, rodeado del monte del Quinto Real, con el pantano que tanto le caracteriza. Allí vivían dos hermanas de mi madre y sus familias y allí disfrutábamos de la libertad de salir todo el día con mis primos a la calle y no volver a casa más que para comer y dormir —esto era imposible en ciudades como Madrid y sobre todo Los Ángeles—.

Crear un festival de música en Eugi fue por lo tanto una progresión natural de nuestra vida familiar. Combinaba nuestra pasión por la música con nuestro vínculo afectivo por Navarra y Eugi. Además, crear cosas nuevas era algo que vimos constantemente en casa con mi padre empezando o participando en la creación de congresos, ciclos de conferencias y conciertos, una Universidad, una Academia Europea... y todo esto lo hacía en gran parte desde casa, junto con la crucial y enorme ayuda de mi madre, que se encargaba de todas las cosas prácticas, de la logística y de bajar a mi padre al planeta tierra.

Por todo esto, cuando durante una cena en su casa, en 2007, mi profesor de violín en mis estudios de Máster y postgrado en la *Guildhall School of Music*, Detlef Hahn, me preguntó si me apetecería crear un festival de música con él, me pareció una idea de lo más normal —“Claro que sí”—, fue mi respuesta. La idea tardó un poco en encarrilarse, sabía inmediatamente que quería que fuera en Navarra y enseguida supe que ese era un proyecto que quería hacer con mi hermano Javier, guitarrista clásico con el que ya tenía un dúo desde hacía diez años llamado Roncesvalles (el lugar donde nuestros padres se casaron), pero no lo acabábamos de encajar hasta que un día Javi dijo: —“esto hay que hacerlo en Eugi”—. En ese momento, todo tuvo sentido y a partir de allí, todo fue rodado y muy rápido de una manera que nos pilló por sorpresa. Normalmente estas cosas tardan su tiempo, pero no contábamos con Maite Errea al frente del Concejo de Eugi, mujer emprendedora, trabajadora y valiente y con muchas ganas de llevar el proyecto adelante.

101

El primer festival se organizó en siete meses y fue una auténtica locura de trabajo, emociones fuertes y aprendizaje. Había muchas cosas que sabíamos hacer porque las habíamos visto en casa, otras tantas que Javier sabía hacer ya que llevaba dos años organizando un festival de Música Española en Granada desde la Universidad de Saint Louis Madrid Campus donde llevaba el departamento de música. También sabíamos lo que necesitaba un festival de música desde nuestra experiencia personal viajando por distintos festivales europeos para dar conciertos, recibir clases magistrales y también como público. Las demás las fuimos aprendiendo por el camino, con la enorme ayuda del Concejo de Eugi y de algunos familiares y amigos entregados a la causa, un gran sentido del humor y mucho trabajo. Las primeras llamadas a la prensa navarra las hicimos por ejemplo sin saber muy bien qué decir, qué esperar, no sabíamos cómo hacer una nota de prensa; pero fue increíble la respuesta y el apoyo de los periodistas de distintos medios, sin su difusión no hubiera tenido tanto éxito el festival desde su primera edición. Fue emocionante saber que les parecía una buena idea y que la querían apoyar.

FIMNa (Festival Internacional de Música de Navarra) se planteó el primer año como un festival en el que se combinaban una serie de conciertos con clases magistrales de violín bajo la dirección artística de Detlef Hahn dentro del enclave natural e histórico único que es Eugi. Había otra vertiente didáctica que quería asegurarse de que los niños de la zona tuvieran acceso a la música.

ca que estaba sonando esos días por Eugi y que fueran una parte activa del festival, que conocieran a los músicos y tocaran con ellos. Nos daba miedo que llegaran todos esos músicos de todo el mundo y que no tuvieran un impacto real en la zona. Nosotros echamos de menos que hubiera más actividades musicales en España cuando estábamos creciendo, veíamos cómo en otros países cada ciudad y pueblo tenía festivales de música. Con FIMNa podíamos aportar nuestro granito de arena para que esto mejorara en nuestra tierra.

El involucrar a tanta gente de Eugi fue también una parte fundamental al comenzar el festival —fue una manera de que el pueblo también se sintiera parte del proyecto, lo cual era importante para Javier y para mí al tener un vínculo tan personal con el pueblo. Nuestro presupuesto era casi simbólico pero suficiente para arrancar con la energía, trabajo y apoyo de tanta gente del pueblo y del Valle que se volcaron ofreciendo sus coches, sus casas, sus ideas. Hay tantas cosas que surgieron de la gente incluso a unos pocos días de empezar, como la idea de ofrecer pintxos y txistorradas después de los conciertos a nuestro público y una copa de vino de la Bodega Inurrieta, las camisetas que hicimos y vendimos los primeros dos años... Teníamos el Comité FIMNa, con representantes del pueblo de todas las edades y profesiones y sobre todo el Concejo al frente, organizando toda la logística y el tema del patrocinio. Íbamos preparando las cosas sobre la marcha, sin saber muy bien cómo se tenía que hacer o cómo sería, nosotros íbamos explicando cómo funcionaban los eventos y poco a poco fuimos entendiendo las tareas a realizar entre todos —Eugi nunca había organizado un concierto de música clásica y mucha gente del pueblo e incluso del comité jamás había asistido a uno—.

## 102

Y así surgió el primer festival, no nos lo podíamos creer cuando empezaron a llegar músicos de Noruega, Suiza, Alemania, España, China, Irlanda e Inglaterra a Eugi, dispuestos a aprender, ensayar y compartir su música con un público que esperábamos crear. El día de la inauguración, que era un evento para los músicos participantes en las clases magistrales y que estaba abierto a cualquier persona del pueblo, en el que se iban a tocar tan solo diez minutos de música, estábamos nerviosos, sin saber en absoluto cómo reaccionaría la gente. No sabíamos si habría dos o tres personas o si habría un grupo grande; en cualquier caso, los conciertos comenzaban al día siguiente, ese era un acto simbólico y de presentación. Pero lo increíble es que a veinte minutos de comenzar aquella inauguración, empezó a llegar gente y más gente, hasta llenar a rebosar aquella Iglesia. Y nosotros le decíamos a la gente que iba entrando, muchos del pueblo y del valle, pero también de Pamplona, que aquello no era un concierto, era solo un acto para presentar el festival a los músicos que venían de distintos países para recibir las clases magistrales. Pero nos respondían que daba igual, que ellos venían para dar la bienvenida al pueblo a los músicos. Fue entonces cuando empezamos a entender lo bonito que era e iba a ser este proyecto.

Los conciertos del primer año estuvieron llenos a rebosar y contaron con momentos únicos. Gran parte del público jamás había asistido a un concierto de música clásica y nosotros estábamos felices de saber que habían venido, este era uno de nuestros objetivos ya que a menudo la música clásica se ve como algo complicado y lejano, que pertenece a ciertos grupos sociales y personas “que saben”. Nosotros queríamos romper con eso y acercarla a todo el mundo y a todas las edades. Creo que este proyecto, a lo largo de estos últimos seis años, ha conseguido esto.

El hecho de que una buena parte del público jamás había asistido a un concierto de música clásica llevó a cosas curiosas y espontáneas por parte de la gente, como levantarse en medio del concierto para ver mejor al violinista al tocar un pasaje electrizante, como aplaudir a la mitad de movimientos, niños bailando o reaccionando a la música de una manera espontánea... Hubo gente del pueblo que se acercó para decir que habían creído toda la vida que la música clásica no era para ellos, pero que habían descubierto cuánto se habían equivocado y que les había emocionado de una manera inesperada; hay quien se acercó para decir que había sido la excusa para sacar a un familiar enfermo a un evento y que había sido el mejor día en mucho tiempo; hay quien vino desde fuera y le había parecido una tarde maravillosa con la combinación de la buena música en un lugar de tanta belleza como es Eugi. Y claro, al haber un ambiente tan especial y personal, muchos de los músicos también dijeron que nunca habían tocado para un público tan acogedor, entregado y cálido y que por lo tanto, habían disfrutado muchísimo tocando.



Autor: Goio Seminario.

Estos seis últimos años han sido muy intensos para Javier y para mí. Nuestro año está lleno de actividad musical con conciertos de nuestro dúo y otros grupos de cámara y de orquestas por distintos países, con clases en nuestros trabajos respectivos: St Louis en Madrid en el caso de Javier, Junior Trinity en Londres en mi caso, con talleres didácticos y sociales, sobre todo en Inglaterra, con tantos otros proyectos y también de la vida misma. Y cada verano, hemos vuelto a Eugi, como en nuestra infancia, para compartir nuestra música, la de tantos artistas internacionales que han pasado ya por el pueblo, nuestras ideas, lo que vamos aprendiendo por el camino. Para nosotros, como hermanos, colegas y amigos, ha sido una manera única y maravillosa de desarrollar nuestros ideales, de experimentar, de luchar por aquello en lo que creemos.

# 103

Han sido seis años en los que no siempre ha sido fácil seguir adelante, con problemas de todo tipo, económicos también, muchas noches sin dormir dando vueltas a cómo seguir adelante manteniendo la calidad y principios del festival, pero siempre hemos podido seguir adelante con el apoyo, empeño y trabajo del Concejo de Eugi y de tantas personas que trabajan y creen en este proyecto.

FIMNa ha evolucionado de muchas maneras, es un proyecto muy creativo y que queremos que se mantenga vivo y fresco ya que así no se queda estancado para nosotros ni para nuestro público. Pero durante todos estos años se han mantenido varios pilares sobre los que se ha ido consolidando —FIMNa es un festival que ofrece conciertos de calidad principalmente de música de cámara, con un programa variado, que gusta pero supone asimismo un reto, tanto para los artistas como para el público—. Los artistas cambian de año en año, también los instrumentos, y aunque es sobre todo un festival de música clásica, ha habido actuaciones de flamenco, tango, percusión brasileña, folk, música del mundo... Además FIMNa trata de promocionar la creación de obras nuevas a través de comisiones y estrenos mundiales en España o Francia de compositores

como Federico Jusid, Daniel Bjarnasson, Agustín Castilla-Ávila, Eduardo Morales-Caso. Es un festival que ha tenido siempre una vertiente fundamental social y didáctica, con las clases magistrales en los primeros dos años durante los cuales Detlef Hahn fue director artístico y talleres con niños desde el principio. FIMNa para tod@s es un proyecto que va creciendo, que trata de llegar a los más pequeños de la zona (incluso a bebés) y enseñarles a disfrutar de la música y de conocer y tocar con músicos buenos de todo el mundo y de distintos géneros de música. Unos 120 niños de Eugi y del Valle Esteribar han salido al escenario a cerrar el festival en los últimos cuatro años junto con músicos de la talla de Edda Erlendsdóttir, Olivier Manoury, The Turbans, Adriano Adewale, Annette Walther, Mara Miribung, Eva Freitag, Adam Levin y John Barber.

Una de las partes clave dentro del proyecto, que se ha mantenido también a lo largo de estos años, es la sede del Festival, Eugi, y el uso de los recursos naturales e históricos de este precioso pueblo —un marco incomparable en el que se pueden realizar conciertos—: la bonita plaza del pueblo con vistas al pantano y a los montes del Quinto Real, el mágico escenario que ofrece las ruinas de su antigua fábrica de armas, la Iglesia. También ha tenido la suerte de contar con un concierto todos los años en Zubiri, centro del Valle Esteribar, en su preciosa iglesia románica, un evento siempre muy especial dentro del festival. Además, es parte del proyecto transfronterizo que está desarrollando el Concejo de Eugi a través de la historia común de las antiguas fábricas de armas con localidades francesas y ha podido organizar conciertos en Francia y traer a músicos franceses a Eugi con la colaboración del *Festival de Basse Navarre*. Nuestro público y los músicos que vienen cada año disfrutan del paraje natural de la zona y de la buena comida que ofrece el pueblo. Los músicos, sobre todo, de estar en un lugar pequeño e inspirador en el que se pueden dedicar en cuerpo y alma a la preparación de sus conciertos durante unos días.

## 104

Nunca se sabe en esta vida la duración de las cosas o por dónde van a ir, pero estamos felices de haber tenido la oportunidad de realizar FIMNa estos últimos seis años, de haber podido compartir nuestra música, nuestras experiencias con uno de nuestros sitios más queridos en este mundo. La música es un bien espiritual, no se ve ni se toca pero alimenta el alma, te llena de fuerza, te ayuda a entenderte a ti mismo y al mundo que te rodea, a superar momentos difíciles, te permite experimentar toda la paleta de sentimientos. Algunos niños de Eugi y la zona han comenzado a tocar instrumentos inspirados por FIMNa, o así lo han expresado sus padres, quién sabe lo que eso puede aportar a sus vidas. En nuestro caso y en el de nuestros padres y hermanos, tantos amigos, colegas y alumnos, ha sido un bien que nos ha dado mucha felicidad, mucho bienestar, disciplina, mucha fuerza y por cierto, muchos viajes y experiencias emocionantes. No hace falta dedicarse a la música para disfrutar de este bien, pero sí participar en ella sin miedo. Y ojalá que algún concierto de FIMNa pueda servir para transmitir a algún miembro del público que la necesite, como la madre de mi alumna en Londres, esa fuerza interior que te ayuda a seguir adelante, que conecta algo dentro de ti mismo. Einstein a menudo hablaba de que la música era su refugio y a lo que él se acercaba cuando sentía que había tocado fondo en su vida personal y en su búsqueda intelectual, y la música siempre le ayudaba a seguir adelante. Si personas como Einstein llegan a tan buenas conclusiones con la ayuda de la música, si personas como la madre de mi alumna sienten también su fuerza para superar los momentos duros de la vida, si es algo que nos acompaña en los mejores y peores momentos en sociedades de todos los tiempos y partes del mundo y si, sin ir más lejos, cualquier niño de todas las edades sonríe y se emociona al tocar y escuchar de cerca un instrumento, ¿será que la música después de todo no es algo superficial sino algo necesario en nuestras vidas?